

Ni se moleste en hacer una encuesta: Johan van Oldenbarneveldt es un completo desconocido al lado de Jeff Bezos. Vaya por delante que el primero no viajó tan lejos como el segundo (su particular estratosfera fue la ciudad de Pádova) y tampoco terminó sus días como un *jubilato* con la cartera llena y mil planes fantabulosos (murió decapitado tras ser condenado por traición). Por no hablar del interés mediático generado por uno y otro.

Lo curioso es que, a pesar de las diferencias, el éxito del mayor magnate de nuestro tiempo tal vez no se entendería sin el del político neerlandés del siglo XVI. Van Oldenbarneveldt fue el fundador de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, es decir, de la

primera multinacional de la Historia. Con él al frente, recibió de los Estados Generales de los Países Bajos el monopolio para comerciar con Asia. Y no sólo eso: también asumió potestades propias de cualquier gobierno, como las de acuñar moneda, negociar tratados y declarar la guerra.

La Compañía Holandesa de las Indias Orientales fue en la práctica un *mini Estado* que garantizó el suministro de pimienta y otras especias a la Europa continental desde el archipiélago indonesio, cuando estos productos que hoy encontramos en botechos en un armario de la cocina eran tan codiciados o más que el oro.

Hoy el emporio de Bezos carece de las competencias políticas y militares de su predecesora. Pero su poder, su capacidad de influencia en la vida de casi cualquier habitante de Occidente, es comparativamente mucho mayor. No piense sólo en compras, hágalo también en almacenamiento de datos -los servicios de la plataforma se han vuelto imprescindibles para buena parte de la sociedad digital- y en capacidad de negociación frente a gobiernos y reguladores.

«Parten de una posición de fuerza al tener en su mano la amenaza, muchas veces creíble, de recolocar su negocio en otros países o regiones», apuntaba en términos generales Alex Ruiz, doctor en Economía, en el informe *Navegar en un océano de grandes empresas*, publicado por La Caixa.

Un 17% de los consultados por Gallup en 1965 consideró que las compañías elefantísticas eran un riesgo para el futuro de EEUU. En 2017 el porcentaje

había subido al 26%.

La última y recién publicada encuesta de Euroskopia, realizada por seis grandes centros de estudio de opinión en Alemania, Francia, Italia, España, Polonia y Austria revela esa misma inquietud también en el viejo continente. Defender la democracia y limitar el poder de los grandes agentes económicos sería la quinta tarea prioritaria para la ciudadanía europea. Por delante incluso de la prevención de pandemias.

En EEUU se conoce como *The Trillion Dollar Club* (El club del billón de dólares) al exclusívísimo grupo del que forman parte Amazon, Apple (la empresa con mayor valoración bursátil del mundo), Microsoft, Facebook y Alphabet, la matriz de Google. Los cinco

miembros del club superan con creces el PIB de la mayoría de los

países, empequeñecidos frente al Gulliver de Silicon Valley. Y sus números van a más, a mucho más, ya que se están expandiendo por áreas hasta ahora dominadas o en manos de los países y sus agencias.

Un ejemplo reciente: DeepMind, adquirida por Google en 2014, acaba de superar uno de los mayores desafíos de la biología, al crear con inteligencia artificial el mapa más completo de proteínas humanas.

La edición genómica, el reconocimiento facial y de voz, la robótica del hogar, los diagnósticos médicos automatizados, la geoingeniería, las criptomonedas, el coche autónomo... En todos estos ámbitos de investigación aparecen bien posicionadas corporaciones privadas. En un mundo en el que ya hay *unicorios* (las startups que valen más de 1.000 millones de dólares) como para llenar un zoológico, parece obvio quien dispone de mejores piezas en el tablero en el que compiten los países y las empresas de gran tamaño.

«La exploración espacial

y la defensa siempre han sido cosa de compañías privadas, tanto la NASA como el Departamento de Defensa son los mayores subcontratistas de EEUU», contextualiza Enrique Dans, profesor de la IE Business School y experto en innovación tecnológica, a quien no le sorprende la incorporación a la carrera espacial de Blue Origin, SpaceX o Virgin Galactic.

«Lo que ocurre ahora», matiza el autor de *Viviendo en el futuro* (Deusto), «es que a estas empresas empiezas a encontrártelas en cada vez más sitios, y relativamente insospechados. Las mejores investigaciones médicas, por ejemplo, las han hecho Google y Apple recientemente con estudios médicos con medio millón de personas, o con 10.000 personas durante 15 años. Eso no está al alcance de prácticamente nadie».

Sucede lo mismo en otro ámbito ultratecnológico, como detalla Amy Webb en *Los nueve gigantes* (Península). «No debe sorprendernos que, en la práctica, hayamos subcontratado el desarrollo de la inteligencia artificial, poniéndolo en las manos de seis compañías que cotizan en bolsa, cuyos



EL SÍMBOLO DE LA NUEVA 'GUERRA FRÍA'. LOS ÓRGANOS REGULADORES DE MEDICAMENTOS ESTÁN ACERCLANDO LOS PROCEDIMIENTOS. EN EEUU Y EUROPA CREEN QUE EN UN AÑO PODRÍAN TENER UNA VACUNA, SALVO QUE CHINA SE ADELANTE

logros son muy notables, pero cuyos intereses financieros no siempre son los más indicados para nuestras libertades individuales, nuestras comodidades y nuestros ideales democráticos», escribe la fundadora del Future Today Institute.

Sea por la comodidad del arrendamiento, por la alergia a la planificación o por la falta de recursos, los estados están siendo desplazados del escenario económico y geopolítico. El último informe de la ONG británica Global Justice Now, publicado en 2018, confirmó que 69 de las 100 entidades más ricas del planeta eran empresas. España aparecía en el puesto undécimo, por detrás de la cadena de supermercados Walmart y por delante de Australia.

«La cuestión es hasta qué punto los estados han permitido que se incuben auténticos monstruos», resume Dans. A su juicio, fue la Administración Reagan la que sentó las bases del desbordamiento empresarial que ahora vemos, al suavizar mucho las restricciones para hacer adquisiciones. La globalización, el avance de la tecnología y una regulación que beneficia a las firmas con una posición dominante en el mercado (el popular *winner takes all*) habrían hecho el resto. El interés del presidente



CUANDO LAS EMPRESAS SON MÁS PODEROSAS QUE LOS ESTADOS: QUIÉN LE PONE EL CASCABEL AL 'BIG TECH'

Biden por modificar la legislación antimonopolio evidencia ahora la preocupación de EEUU por el gigantismo de sus compañías, sobre todo del denominado Big Tech.

«Vivimos en una corporatocracia, y eso tiene profundas implicaciones para todos», denuncia Nick Dearden, director de Global Justice Now. «Está claro que durante los

últimos 40 la concentración de riqueza y poder en la economía global ha sido absolutamente enorme. Las grandes corporaciones han sido el vehículo de esta concentración. De hecho, durante la pandemia, algunas de las empresas más grandes del mundo han acumulado ambas, y la riqueza de los superricos se ha disparado, exactamente en el momento en que tantas personas han sufrido un empobrecimiento real».

El gigantismo de Silicon Valley. Las empresas tecnológicas de EEUU están expandiéndose por áreas que hasta ahora estaban en manos de los países, como la investigación médica. ¿Es un riesgo la 'corporatocracia'?

Su ONG revelaba hace medio año cómo el Covid había disparado el beneficio de las compañías farmacéuticas. Gracias a los ingresos derivados de la producción de vacunas, Pfizer ya es más rica que Kuwait o Malasia. Y Johnson & Johnson ha superado a Nueva Zelanda y Hungría.

Global Justice Now ponía el acento en cómo para desarrollar los medicamentos con los que

tecnogurús no con las de Van Oldenbarneveldt, sino las de los jerarcas estadounidenses de finales del siglo XIX: Rockefeller, Ford, Carnegie...

Douglas Rushkoff, uno de los analistas de internet más brillantes, escribió en 2018 el artículo *La supervivencia de los más ricos*. En él, advertía que para los megarricos «el futuro de la tecnología en realidad consiste en una cosa: la capacidad de

JOSE MARÍA ROBLES | ILUSTRACIÓN DE GABRIEL SANZ

Occidente está haciendo frente al coronavirus había sido necesaria una inversión previa de 100.000 millones de dólares de dinero público. Que es lo mismo que la catedrática en Economía de la Innovación Mariana Mazzucato apunta en *Misión economía* (Taurus) cuando habla de «socializar los riesgos y privatizar las recompensas».

Mazzucato se remonta a lo que sucedió con Solyndra y Tesla, a las que la Administración Obama concedió créditos importantes. El Gobierno federal rescató a Solyndra tras su quiebra, pero no obtuvo beneficio alguno de la que sí tuvo éxito, Tesla, que se vendió como un logro del sector privado.

«No es tanto que las grandes empresas estén desplazando a los estados, sino que más bien se han asegurado de que estos sólo trabajen para beneficiarles», concluye Dearden no sin antes comparar las prácticas de Bezos, Elon Musk y demás

huida». Faltaban años para que Bezos y Branson se subieran a sus naves, pero intuía lo que iba a pasar.

«Hemos pasado de ser ciudadanos-participantes a espectadores-consumidores», explica por email el autor de *Programa o será programado* (Debate). «Los multimillonarios actúan como si lo hicieran en nuestro beneficio. Hablan de sus lanzamientos como si nos estuvieran haciendo un regalo, como cuando Macy's patrocina un desfile para Acción de Gracias».

Y remata: «Avanzamos hacia un escenario distópico, agravado por el hecho de que las empresas no tienen la misma escala de tiempo que los gobiernos. Los gobiernos están en el pensamiento a largo plazo; las empresas piensan en las ganancias trimestrales. Roban del pasado, generalmente extrayendo recursos del suelo, y externalizan el daño hacia el futuro. Nuestro problema es que este futuro ya está aquí».

